



Grecia Central y de la Tesalia, estaban unidos por medio de una gran federación, conocida con el nombre de *Anfictionado de Delfos*; pero poco á poco esta federación perdió su importancia á consecuencia de la preponderancia de Esparta y Atenas, y de las colonias griegas del Asia Menor; el vínculo que constituía su fuerza se relajó. Casi todos estos Estados no ejercieron desde entonces influencia sobre los destinos de la Grecia; su historia, muy poco conocida, tiene, además, poca importancia.

La Megarida, conquistada al principio por los dorios, y sometida más tarde por los baquiados de Corinto (el año 1122 próximamente), recobró su independencia con el auxilio de los argios en una época desconocida. Bajo el gobierno de Teagenes, los megarises prosperan, tienen un comercio activo y envían colonias á las costas de la Propóntida y del Ponto Euxino (Bizancio y Calcedonia). Sigue á esto la lucha entre el partido noble y el popular; después Teagenes se hace tirano (sobre el año 620), y forma alianza con el ateniense Cilon, siendo por esta causa depuesto y desterrado. Entonces comienza de nuevo la guerra intestina, y como consecuencia la decadencia de Megara.

La Fócida conservó alguna importancia, debida al oráculo de Delfos, que llegó á ser el centro religioso de toda la Grecia.

La Beocia, reino que habían fundado en Tebas los beocios en la época de la emigración doria, y que se extendía sobre toda la Beocia, fué de corta duración. Yuto, rey de Tebas, pereció en una guerra contra Melant, rey de Atenas (sobre el año 1160); la dignidad real fué abolida en Tebas, y las grandes ciudades de la Beocia se hicieron independientes. Entonces formaron una liga, á cuya cabeza se puso Tebas.

La liga de Beocia, cuya época de su formación se ignora, se componía de un número vario de ciudades confederadas, que últimamente eran once. El consejo federal, compuesto de once miembros llamados *beotarcos*, se reunía en Tebas, que obtuvo la hegemonía de la liga y dos votos en el consejo federal. Las *pambeocias*, fiestas religiosas que se celebraban en la ciudad de Coronea, servían también de lazo de unión á los miembros de la liga.

La historia de los otros Estados de la Grecia Central, á saber: la Lócride, Dorida, Etolia y Acarmania, se desconoce por completo.

CAPITULO II

La Persia, desde Ciro á Darío Kambusiya (Cambises).—Conquista del Egipto.—Historia y Monumentos.—Conquista de la Libia.—Muerte de Cambises.—Rebelión de los Magos: el falso Smerdis.—Inscripción de Bisuntum.—Dara Vyctaspe: Darío, hijo de Histaspes.—Administración de Darío.—Rebeliones sofocadas en Babilonia y en el resto del imperio.—Guerras contra los escitas.—Expedición de la India.—Imperio de Darío.—Reforma religiosa: Zoroastro.—Construcciones y palacios.

Á la muerte del famoso Kai-Khosru rompanse los lazos con que su poderoso brazo afianzaba el vasto imperio. La discordia comienza entre ellos: sus dos hijos se disputan el cetro de Feridun. El mayor, Kambusiya, Kambaska, Cambises, concluye por apoderarse de él y el segundo, el *Tanyo Jerjes* de los griegos, conserva el gobierno de la Media, de la Armenia y del país de los Cadusianos. Era como la Persia oriental, el Turán de los historiadores persas.

El deseo de la conquista atormentaba á la raza de Ciro. Apenas Kambusiya logra apaciguar las turbaciones del Turán, cuando marchó contra el Egipto. Eran antiguas represalias; «había un camino ya trillado del Asia al Egipto,» tenia dicho el profeta. El schah arrastraba á toda el Asia en pos de sí, á los iraníes vencedores, y á toda la multitud de los vencidos de Oriente. Los jonios y los eolios formaban un solo cuerpo; Chipre y la Fenicia, celosas del favor que el Egipto prestaba á los mercaderes de la Helenia, tenían preparados sus navíos; el rey de la Arabia (1) dió guías y agua

en su desierto é hizo conducir á los pasajeros al valle del Nilo. Su inmenso poder fué á chocar contra Pelusa.

El rey Psammetik ó Psammético había empleado todo su esfuerzo para defenderla; la ciudadela resistía con buen éxito. Los persas juzgaron conveniente poner en primera línea de batalla gatos, perros y carneros, todos animales sagrados, contra los hijos de Mesraim; los tímidos egipcios no se atrevieron á lanzar ningún dardo contra los animales consagrados, y Cambises entró en la ciudad sin resistencia. Psammético se iba acercando con un nuevo ejército; pero fué derrotado, y Menfis cayó en poder de los conquistadores, y el Egipto quedó sometido.

Sea lo que quiera de la estratagema de Pelusa, que los monumentos no confirman, es lo cierto que si Cambises hubiera tenido como los persas, ideas bastante elevadas de la divinidad, para despreciar los simbólicos animales, bajo los cuales el Egipto quería á sus dioses, la política le hubiera aconsejado en los primeros tiempos al menos, tolerar las creencias y las supersticiones de los vencidos.

El Egipto, en fin, le vió inscripto en sus listas reales, bajo el nombre de «Kambát ó Kambuza,» y le representa sacrificando en los templos. Cuando el gran príncipe, el jefe del mundo, dice una inscripción (1), Cambises, hizo una expedición hácia el Egipto, los pueblos

(1) Sobre este asunto hace Herodoto un gran elogio de la fidelidad de los árabes á su juramento; y refiriendo que las dos partes mezclan su sangre á la vista de un testigo, añade que de esta sangre que se recoge en la palma de la mano, el mediador rocía siete piedras invocando á Urosal y Milat, únicos dioses que reconocen. Este nombre de Milat recuerda exactamente á los «Elalath», las hijas de los dioses que hemos dejado apuntadas t. I, como objeto del culto de los árabes, que en ellas veían las inteligencias dispensadoras de los bienes de aquí abajo.

(1) La de la estatua de Uza-hor-Penres, funcionario educado bajo Psammetik, Cambises y Darío, leída por M. el vizconde de Rougé, y referida por M. Brugsch, *Historia de Egipto*, cap. I, p. 267.



todos de la tierra estaban con él..... El era el gran regente del Egipto, el gran príncipe del mundo..... diéronle un título nombrándole rey del bajo y del alto Egipto, Rame-sut, y le hicieron conocer la grandeza de Sais, que es el sitio de la diosa Neith, la gran madre del cielo, sol que es el primer nacido, y que no ha sido engendrada ni creada. Pero cuando hubo conocido la grandeza de Neith, Cambises hizo expulsar á los pueblos que habían invadido su santuario; su majestad sagrada ordenó que se purificara el templo de Neith y que se le restituyera toda su población (las diferentes órdenes de sacerdotes), y las ofrendas sagradas como estaban en otro tiempo.

Su majestad sagrada entró en el templo de Neith, hizo todas las ceremonias y estableció el dón de una libación ofrecida al Señor de la eternidad, en la cámara interior del templo de Neith, como habían hecho antes todos los buenos reyes.

Este sistema de conciliación duró poco tiempo. Cambises había dejado la autoridad á Psammético; pero un día el pueblo asesinó á los heraldos de la Persia, en castigo de lo cual fué el país entregado al furor de los soldados; y Psammético fué destrozado. El terror y espanto se apoderó de las poblaciones limítrofes: el Africa, Cyrene y la Libia rindieron homenaje y pagaron tributo. No basta esto para el conquistador; queria dominar sobre las masas. Los dividió en tres ejércitos: uno debía atacar á los cartagineses, el segundo á los amonitas del desierto y el tercero á la Etiopía. Pero necesitaba embarcaciones para apoderarse de Cartago; los fenicios rehusaron marchar contra su colonia y no se realizó la expedición.

El ejército de la Libia fué sepultado en las arenas. A las amenazas de Cambises, el rey de Etiopía respondió mandando un arco de grandísimas proporciones que él había preparado delante de los embajadores persas: «Yo me someteré cuando vuestros soldados puedan manejar armas análogas.» No se halló en todo el ejército más que un hombre capaz de manejar el arco de la Etiopía; este era *Smerdis*, el hermano más joven del schah. El receloso despo-

tismo del serrallo quedó asustado y *Smerdis* fué envenenado.

La expedición de la Etiopía fué deplorable. Las tropas, diezmadas por el hambre y por las enfermedades, volvieron á Egipto en el desorden de una derrota. Furioso Cambises, agobió á los egipcios con toda clase de vejaciones, saqueó sus templos, profanó sus tumbas é hirió con su espada el toro de Apis (1). Destruyó los monumentos; jamás se dejó sentir calamidad más grande en este país, dicen las inscripciones. Los egipcios refirieron este exceso en los cuentos de la fábula. De un solo golpe el Egipto perdió todo, artes, leyes y gobierno.

La nueva satrapía quedó con tan diversas fortunas sujeta á la suerte de los conquistadores, y Susa vió llegar á sus murallas infinidad de cautivos de Menfis y de Tebas. Dios vengó todas las injurias de su pueblo.

El schah volvía á Persia cuando se hirió con su misma espada, cayendo del caballo, y murió en Ecbatana (522). La Persia acaba de inaugurar una revolución.

La antigua casta sacerdotal del Irán, la casta de los magos, reforzada con los Arameos de Babilonia, tenia todavía una grande influencia; el poder de sus colegas se extendía á la política. Su jefe el *Mubed-Mubedán*, á quien estaba confiada la custodia del trono y de la diadema que él mismo consagraba al nuevo monarca, había sido encargado por Cambises para administrar el reino en su ausencia.

El ambicioso *Pasitihés* conspiró contra su príncipe, y coronó á su propio hermano el mago Gomatés, que tenia semejanza con *Smerdis* el segundo hijo de Ciro, aquel á quien el odio de Cambises había hecho perecer. El imperio quedó sometido desde luego á un hombre que contaba con el apoyo de la casta dominante, y que eximió, por tres años, á las provincias de pagar la contribución y los presentes que hacían, y hoy todavía lo hacen, arruinando el imperio de la Persia. Pero el

(1) El dios murió de la herida poco tiempo despues. M. Mariette ha hallado el epitafio de este Apis en el Serapeum. (Véase lo dicho en el tomo I de esta *Historia* sobre el Egipto.)



fraude fué descubierto; siete jefes iranos dieron muerte al usurpador y castigaron á los magos que le sostenían. *Dario*, hijo de *Histaspes*, *Kai Gustap*, uno de los principales autores de la revolución, fué proclamado *schah*, *schah* (522).

Es curioso ver aquí cuán bien confirman los monumentos las relaciones históricas. *Dario*, vencedor, tuvo buen cuidado en trazar por sí mismo el cuadro de la revolución que precedió á su advenimiento. Dejémosle que hable. «*Dario* el gran rey, dice: *Ormuzd* me dió el trono, *Ormuzd* me sostuvo hasta que yo he recuperado este imperio. Por la gracia de *Ormuzd* yo conquisté la dignidad real.....

»Un hombre llamado *Cambises*, hijo de Ciro, de nuestra raza, fué rey aquí antes que yo; este *Cambises* tuvo un hermano llamado *Guaris*. Despues *Cambises* dió muerte á *Smerdis*; el pueblo no sabia que este había muerto. Más adelante marchó *Cambises* hácia el Egipto, el pueblo cayó en la impiedad, y las falsas creencias se hicieron poderosas en estos países, en la Persia, en la Media y en las demás provincias.»

Dario el gran rey dice: «Un mago llamado *Gomatés* se sublevó. Acaeció esto en la Pisacadia, cerca de la montaña llamada *Arakadris*, el decimocuarto día del duodécimo mes de su rebelión. Engañó al pueblo diciendo: «Yo soy *Smerdis*, hermano de *Cambises*.» Entonces el pueblo abandonando á *Cambises* se unió á él con toda la Persia, la Media y demás provincias. Se apoderó del poder al noveno día del quinto mes. Poco tiempo despues murió *Cambises*.»

Dario el gran rey dice: «Este imperio que el mago *Gomatés* arrancó á *Cambises*, había pertenecido á nuestra raza desde los más remotos tiempos. Despues que el mago *Gomatés* se hubo apoderado del gobierno que pertenecía á *Cambises*, la Persia y la Media y demás provincias, reinó allí como señor y llegó á ser rey.»

Dario el gran rey dice: «No hubo persa, ni medo, ni nadie de nuestra raza que pudiera arrancar el imperio al mago *Gomatés*. El pueblo le temia mucho, porque había dado muerte á muchos de los que conocían al verdadero

Smerdis, diciendo para sí: «No conviene que se aperciban de que yo no soy *Smerdis*, hijo de Ciro.»

Nadie se atrevió á decir lo más mínimo por lo que respectaba al mago *Gomatés*, hasta que yo vine al poder: yo invoqué á *Ormuzd*, y *Ormuzd* me sostuvo, y por la gracia de *Ormuzd* el décimo día del quinto mes di muerte al mago *Gomatés* y á sus principales adeptos, ayudado de algunos hombres de mi mayor confianza. Esto acaeció en la ciudad de *Siktacotés*, de la provincia de *Nicica*, en la Media. Allí fué donde yo le di muerte, apoderándome de su imperio. Por la gracia de *Ormuzd* yo llegué á ser rey. *Ormuzd* me confió el trono.

Conviene fijarse mucho en el cuidado que tuvo *Dario* para dar á la reacción, de la que él fué autor, el colorido de una restauración política y religiosa.

En primer lugar reivindica la herencia y afirma que él es el representante de la antigua raza real de los aqueménidas.

«Yo, *Dario*, gran rey, rey de los reyes, hijo de *Histaspes*, nieto de *Arsamés*, aqueménida, rey de los hombres, persa de origen, rey de Persia y *Arya*, de raza ariana.»

Dario el gran rey dice: «Mi padre fué *Histaspes*, el padre de *Histaspes* *Arsamés*; el padre de *Arsamés*, *Ariamnés*, el padre de *Ariamnés*, *Teipsés*; el padre de *Teipsés*, *Aquemenés*.

«*Dario*, el gran rey, dice: «Por esta razón somos llamados aqueménidas; desde ya hace mucho tiempo somos poderosos; desde antiguo, nuestra raza fué una raza de reyes.»

«*Dario*, el gran rey, dice: «Ocho individuos de mi raza ejercieron el poder real antes de mí; yo soy el noveno.»

«Ahora el trono, que había sido arrancado de su raza, y que ha sido ya recobrado, se reconstruirá con el elemento religioso.»

«Yo hice esto: Las cosas de los dioses, que el mago *Gomatés* había destruido, las he reedificado, las he devuelto al pueblo, y he restituido también el sacerdocio y el pontificado á las familias á quienes *Gomatés* se le había quitado; restablecí el Estado bajo sus antiguas bases, y la Persia y la Media y demás provincias, como en otros tiempos, estaba antes de